

NUMERO 319.

VASCONCELOS JOSE. Copias carta de éste publicada en el Diario de la Camara de Diputados de Chile, haciendo apreciaciones sobre los Gobierno del General Obregón y del Gral Calles.

CARTA HISTORICA DE VASCONCELOS. (Fué publicada recientemente en Chile.) Correspondencia Especial para LA OPINION.

Santiago de Chile, julio 30.- "Boletín Oficial," órgano-periodístico de los poderes de este país, publica hoy una interesante carta del licenciado José Vasconcelos, ex-Secretario de Educación Pública de México, en la que el famoso pensador mexicano expresa claramente su sentir respecto a la situación política de México, hasta antes de la muerte del general Obregón. La dicha carta tiene un gran valor histórico, y es por ello que resulta interesante darla a conocer.

La publicación de ese documento fué objeto de un largo debate en la Cámara de Diputados de Chile. Poco después de que la representación Nacional sostuvo una interesante discusión sobre los asuntos mexicanos a propósito del mensaje de condolencia que debía enviarse al general Calles por la muerte de Obregón, los diputados continuaron, en sus sesiones siguientes, tratando los asuntos de México, porque los consideraron, y los siguen considerando, "como un ejemplo para el resto de los países hispanoamericanos."

EL FINAL DE DEBATE

Antes de insertar la carta de Vasconcelos resulta interesante dar a conocer la parte final del debate en que fué acordada su publicación (24 de julio), Héla aquí, según lo publicado por el "Diario de Sesiones" del Parlamento:

El señor Edwards Matte.- Tengo el ejemplar del diario en que aparece esta carta, el que entregaré a la Redacción de Sesiones para que publique íntegra en el "Boletín" y en esta forma no fatigaré a la Cámara con su lectura. Y, además, con esto persigo, - lo digo claramente, - otro propósito...

No desearía que alrededor de esta explicación, de esto que yo llamo divulgación, se produjeran incidentes ásperos, que hicieran perder en serenidad, cuando lo que yo deseo es que tengamos un alto espíritu para juzgar cosas que tanto nos interesan, como es la situación política porque atraviesa un pueblo que tanto queremos.

El señor Lois.- Rogaría a Su señoría que nos asegurara la autenticidad de la carta, porque indudablemente si se va a insertar en nuestro "Boletín", debe ser un documento verídico...

El señor Edwards Matte.- Del modo más absoluto, honorable Diputado, y le ofrezco a Su Señoría no sólo esta carta, sino que, si quiere, le puedo traer veinte más del mismo tenor.

El señor Quevedo.- Una breve observación quiero hacer no más, señor Presidente.

Reconozco que Vasconcelos es un hombre intelectual; pero desearía que Su Señoría leyera esta carta antes de pronunciarnos sobre si se deja constancia de ella en el "Boletín". Porque podría ocurrir esto; puede haber mucha pasión de parte del señor Vasconcelos para calificar la actitud del Gobierno mexicano, y que puede importar un verdadero insulto...

El señor Edwards Matte.- Supongo que su Señoría no hará al señor Vasconcelos la ofensa de suponerle groserías en la expresión de sus ideas... El ha sido el Ministro de Instrucción de ese país en el período más interensante de su evolución ideológica.

TEXTO DEL DOCUMENTO.

La carta de Vasconcelos es la siguiente:

CHICAGO, mayo 24.- Señor Oscar Cosco Montaldo.- Montevideo. - Mi querido amigo: Su carta me ha removido muchos asuntos. Le escribo a la carrera porque estoy acosado de trabajo. Siento no haberlo visto en París, pues era una ocasión quizás única. Me preocupa lo que me dice respecto de Rusia. Yo me he vuelto -se lo confieso- muy hostil a aquel régimen de cosas.

Mi visión sombría de la Rusia debe estar influida -lo reconozco- por lo que he visto y veo en México, y es, sin duda, injusto juzgar lo de Rusia por lo de México.

En Rusia, según tengo entendido, hay por lo menos, honestidad personal en los que mandan, en los que gobiernan, aunque en realidad no se respete mucho la vida humana. En México, en cambio, el cinismo no reconoce límites. Los latifundios están en poder de Obregón y de Calles, de los hijos y de los amigos y amigas de Calles, y todo el dinero de la nación empobrecida está en manos de los "radicales" de que hablaba, que el pueblo encumbró creyendo en sus promesas de reparto social, etc.

Calles es el lacayo, el verdugo contratado, que no tiene en su vida una sola página noble. Pero el amo, el hombre fuerte que está detrás y que ahora vuelve, es Obregón... Obregón es inteligente, simpático, arrojado, todo un caudillo a lo Rosas, ese tipo de antes de Sarmiento. Como ve usted, por el camino de una pretendida revolución social, México vuelve al caudillismo militar que la Argentina sacudió hace ya 50 años. La manera como se asesina en México, bajo el pretexto de reprimir la rebelión católica, es bochornosa para la Humanidad. Calles pasará a la historia como el autor de hechos como el que brevemente paso a relatarle: un pobre diable, líder agrarista, que riñó -- con el grupo oficial, se lanzó a la revuelta; lo siguieron unos pocos y fué derrotado por las fuerzas del gobierno; como de costumbre, lo fusilaron y lo abandonaron en el mismo lugar de la ejecución, dándolo por muerto; pero sucede que el hombre, lleno de heridas, no había --- muerto; se arrastra entonces como puede hasta llegar al poblado, y se le lleva a un hospital del pueblo. Pero Calles lo sabe, manda inmediatamente órdenes y, de acuerdo con ellas, la escolta saca al hombre -- del hospital, levantándolo de la cama, y, en la plaza del pueblo, a la vista de una población envilecida por el terror, lo fusilan nuevamente.

El hombre aquel no representaba ninguna fuerza política; era simplemente un descontento, quizás un bien intencionado. Y bien: este caso no se mantuvo secreto, todo lo contrario; los diarios de México lo publicaron con lujo de detalles y fotografías. Puede usted consultar los diarios de febrero o marzo de este año.

Nada tiene de particular el caso en la carrera de Calles: - por eso lo eligió Obregón como a buen gendarme, que le cuidara el pues to.

Ahora bien: los escrupulosos radicales de casi todo el mundo -y le cito el caso de los de "El Sol" de Madrid- conocen estos hechos y, sin embargo, le dedican a Calles ediciones especiales, naturalmente que bien pagadas. El pretexto que se invoca es que esas medi

1A

das de terror son necesarias para salvar la revolución, aunque lo -- cierto sea, como ya le he dicho, que la tal revolución está represen- tada -por lo menos hoy- por la nueva casta latifundista al servicio- de Obregón.

Ahora bien: todo esto sería imposible sin el auxilio yan-- qui. Desde 1924, los norteamericanos están suministrando a Obregón - armas y municiones para aplastar a los rebeldes. Para congraciarse - con la opinión norteamericana, Calles inició la persecución de los - católicos, a la vez que ponía la instrucción pública de México en ma- nos de su yerno Moisés Sáenz, educado por los protestantes norteamer- icanos, y hasta, en una época, obispo protestante, y que abandonó - el Obispado para entrar al servicio del gobierno revolucionario hace algunos años, en realidad por instrucciones de la plana mayor protes- tante, que pretende adelantar la conquista pacífica yanqui por medio de cambio de religión en México. Y en seguida llega Mr. Morrow, que- luego trae a Lindbergh, apenas Calles y Obregón acababan de asesinar a todo el estado mayor de los antirreeleccionistas, opuestos a la -- candidatura de este último. Los candidatos de los antirreeleccionis- tas, Serrano y Gómez, eran militares del mismo grupo de Obregón y Ca- lles; tres meses antes de ser fusilados, ocupaban altos puestos en - el gobierno, despilfarraban dinero en el juego, junto con aquéllos, - liquidando en muchos casos las pérdidas la Tesorería de la nación. - Pues bien: apenas los dos compadres Serrano y Gómez se deciden, más- por ambición que por otra cosa, a aceptar sus candidaturas, y obser- vando Obregón que el pueblo, en su desesperación, se disponía a se-- guir aun cuando fuera a un Serrano o a un Gómez, les inventa una --- sublevación y los asesinan. Con Serrano fué aprehendido todo su esta- do mayor de civiles: abogados, médicos, intelectuales, de veintitan- tos años en su mayoría culpables de haber pronunciado discursos con- tra Obregón, y a todos los mataron a tiros o a golpes. Los diarios - publicaron las fotografías de los cadáveres mutilados, deshechos, no importándoles el descrédito de semejantes hechos con tal de aterrori- zar. Después -como le decía- llega Morrow con Lindbergh detrás, cele- bran grandes festejos y poco después Calles, con un cinismo sólo su- yo, manda decir a la Cámara que retira la ley del petróleo enviada - por él meses antes y destinada -por lo menos, tal cosa se esperaba-- a defender la riqueza mexicana de la avaricia yanqui.

Parece, sin embargo, que, en realidad, Morrow está jugando con ellos, pues si bien es cierto que les obtiene algunas ventajas, - en cambio, no les da el dinero que ellos pensaron obtener en préstamo: sólo les ha permitido pasar algunos aeroplanos de guerra, que Calles utiliza para destruir poblados donde suelen alojarse partidas rebel- des.

La tanza continúa porque hay muchos rebeldes; porque Méxi- co no se resigna a soportar la tiranía de Obregón. Pero el gobierno- de Calles y, con él, el coro de los "radicales" de todo el mundo, di- cen: son católicos, católicos fanáticos. Los que más me repugnan son los periódicos de América, que no se han atrevido a pronunciar una - sola palabra condenatoria contra Calles. Lamento, asimismo, que algu- nos grupos intelectuales como el de la revista "Nosotros" de Buenos- Aires, no se hayan manifestado al respecto, aun cuando, en este caso, no se me oculta que deben estar influidos por la palabra de Ingegnie- ros, que en la última página de su vida cometió la ligereza de elo-- giar a Calles, a pesar de haber permanecido en México tan sólo una - semana.

Yo no tengo ningún motivo de odio contra esa gente. Si yo- fuera de madera "radical", es decir, transaccionista, estaría con e- llos en este momento, ocupando un Ministerio y con latifundio, predi-
###

cando la revolución. Hasta hoy, ellos no se han atrevido ni siquiera a contestar mis ataques. Se valen a veces -como usted mismo lo ha visto- para atacarme, de pobres jóvenes refugiados de Venezuela o de Perú, que llegan a México fatigados de la lucha contra las vergonzosas tiranías de sus patrias, para entregarse a Calles por un sueldito. Los que publican la hoja a que usted se refiere en su carta, y que desconsideradamente me atacan, están a sueldo de Calles; algunos de ellos fueron empleados por mí, en la época en que yo podía ayudar a los refugiados, pero cuando les presté ayuda, lo hice en el entendido de que peleaban por la libertad y que, por lo mismo, pelearían hasta contra mí mismo, en el caso de que yo me hiciera tirano.

Me dice usted que se me acusa de elogiar al general Moncada, de Nicaragua. Le respondo que no lo conozco siquiera, y que no he escrito una sola línea en su favor. A quien he elogiado calurosamente es al patriota Sandino, cuyo nombre ellos explotan. Es cierto, en cambio, que he hecho causa común con Arévalo Cedeño en la denuncia que éste hizo de la tiranía de Calles, al salir de México; pero debe comprender usted que no era otra la actitud que correspondía, desde que Cedeño salía a protestar contra un crimen de tal manera viciado. A Cedeño lo conozco a distancia. Está pobre y derrotado a pesar de que dos veces ha estado a punto de conmover los cimientos de esa otra vergonzosa tiranía que es Venezuela.

Pero no quiero contarle más de la dolorosa situación de mi país. Todo este preámbulo es para explicarle en qué se fundó mi horror hacia los "radicales". Yo no soy ni he sido un teórico de las revoluciones. Yo las he peleado, no sólo con la pluma, sino en el complot y en el campo. Diego Rivera, que hoy defiende a Calles, y del que usted dice tener buena opinión a raíz de haberlo conocido en Rusia, se pasó años al servicio de la dictadura porfiriana, pensionado por ella, mientras nosotros pasábamos peligros, hambres y destierros, para derrocar aquella tiranía. Cuando yo lo llamé de Europa, a la hora del triunfo, llegó queriendo hacer cubismo parisiense. Entonces le puse delante al indio. Le hice ver las posibilidades del arte mexicano revolucionario y autóctono, y fué así como en los cuatro años de mi ministerio hizo todas sus mejores decoraciones. Pero como era amigo mío, sabía que lo iban a perseguir cuando yo denuncié a Calles como asesino, entonces declaró que yo era reaccionario, y hasta accedió a complacer a Calles, poniéndome a mí en caricatura en los patios del edificio que yo construí. En los circulillos "radicales" de los "líderes" del gobierno de México, Rivera es un jefe, a causa, sin duda, de estas deslealtades porque, según tengo entendido, los "radicales" abominan de las virtudes que se llaman caballeridad y lealtad.

Y yo les pregunto a los hombres de la generación que usted representa: ¿no van a ser ^{algunos} más exigentes que todo esto? ¿Van ustedes a aceptar como un ideal estas pirámides de fusilados de tiranías? -- ¿En nombre de qué? ¿En nombre de la Humanidad, acaso? ¿Por qué no se crea la América española su propio credo? ¿por qué no dan ustedes un puntapié a toda esta época, miserable y sombría?

Dice usted muy bien que las condiciones de América son distintas de las de Rusia. Es el nuestro un Continente que necesita hombres de gran capacidad. Lo que se necesita es organizar el espíritu colonizador: el "pioneering"; hacer de la América Latina otros Estados Unidos, y emprender luego las grandes reformas, porque éstas nunca vienen de los países en desastre. Los cambios del mundo, la revolución social se va a operar en Inglaterra, en los Estados Unidos, aunque no sea más que porque si la iniciáramos en nuestra América La

tina, los ejércitos del imperialismo yanqui hallarían empleo lucrativo dirigiéndose a sofocarla para apoderarse de nuestras tierras. Periódicamente, regularmente, el imperialismo yanqui nos está arrancando nuevos territorios, y todavía andamos soñando con reformar al mundo cuando no podemos defender nuestra propia herencia. Además, no harán nada en América los bolcheviques de salón. Y por experiencia le digo que nunca he visto hombres más ambiciosos de dinero que los "radicales", ni más listos para hacerse ricos en tanto se espera la hora del reparto. Son revolucionarios de zarzuela, pero de ellos precisamente se valen los listos, los trogloditas como Obregón.

La última hazaña de Obregón -y estoy seguro que nadie se atreverá a desmentir las afirmaciones que le hago en esta carta- es haber aprovechado la organización de un Banco de Crédito Agrícola, para campesinos, mantenido con el dinero de las contribuciones, para hacerse ceder, en la primera operación, un préstamo de tres millones de pesos para el fomento de sus negocios agrícolas, sin garantía alguna.

En fin, no sé qué decirle de América. Nuestra esperanza sería que llegara a formarse un núcleo de población civilizada desde el Plata hasta Río de Janeiro, unos cien millones de hombres, por ejemplo, con fuerte industria y maquinaria potente; y sin las estúpidas rivalidades argentino-brasileñas. Podría ser ese núcleo la base de un verdadero oleaje étnico que llegara hasta el Norte para salvarnos. De otra manera, los yanquis, no sólo tragarán a nosotros los mexicanos, sino que se los llevarán también a ustedes, como muy bien lo predijo Ingegnieros. Nosotros quisiéramos una juventud idealista y práctica, es preciso que sea de verdad idealista. El que comienza haciendo transacciones con el ideal, no hará sino obra turbia y deleznable en el orden social.

Tengo que terminar, pues ya esta carta se va haciendo muy extensa. Quedo ahora a la espera de su libro o su respuesta. Reciba, entretanto, un fuerte apretón de manos de su affmo. amigo.- JOSE VAS CONCELOS.

CARTA HISTORICA DE VASCONCELOS. (Fué publicada recientemente en Chile.) Correspondencia Especial para LA OPINION.

Santiago de Chile, julio 30.- "Boletín Oficial," órgano periodístico de los poderes de este país, publica hoy una interesante carta del licenciado José Vasconcelos, ex-Secretario de Educación Pública de México, en la que el famoso pensador mexicano expresa claramente su sentir respecto a la situación política de México, hasta antes de la muerte del general Obregón. La dicha carta tiene un gran valor histórico, y es por ello que resulta interesante darla a conocer.

La publicación de ese documento fué objeto de un largo debate en la Cámara de Diputados de Chile. Poco después de que la representación Nacional sostuvo una interesante discusión sobre los asuntos mexicanos a propósito del mensaje de condolencia que debía enviarse al general Calles por la muerte de Obregón, los diputados continuaron, en sus sesiones siguientes, tratando los asuntos de México, porque los consideraron, y los siguen considerando, "como un ejemplo para el resto de los países hispanoamericanos."

EL FINAL DE DEBATE

Antes de insertar la carta de Vasconcelos resulta interesante dar a conocer la parte final del debate en que fué acordada su publicación (24 de julio). Héla aquí, según lo publicado por el "Diario de Sesiones" del Parlamento:

El señor Edwards Matte.- Tengo el ejemplar del diario en que aparece esta carta, el que entregaré a la Redacción de Sesiones para que publique íntegra en el "Boletín" y en esta forma no fatigaré a la Cámara con su lectura. Y, además, con este permiso, lo digo claramente, otro propósito...

No desearía que alrededor de esta explicación, de esto que yo llamo divulgación, se produjeran incidentes ásperos, que hicieran perder en serenidad, cuando lo que yo deseo es que tengamos un alto espíritu para juzgar cosas que tanto nos interesan, como es la situación política porque atraviesa un pueblo que tanto queremos.

El señor Lois.- Rogaría a Su Señoría que nos asegurara la autenticidad de la carta, porque indudablemente si se va a insertar en nuestro "Boletín", debe ser un documento verídico...

El señor Edwards Matte.- Del modo más absoluto, honorable Diputado, y le ofrezco a Su Señoría no sólo esta carta, sino que, si quiere, le puede traer veinte más del mismo tenor.

El señor Quevedo.- Una breve observación quiero hacer no más, señor Presidente.

Reconozco que Vasconcelos es un hombre intelectual; pero desearía que Su Señoría leyera esta carta antes de pronunciarnos sobre si se deja constancia de ella en el "Boletín". Porque podría ocurrir esto; puede haber mucha pasión de parte del señor Vasconcelos para calificar la actitud del Gobierno mexicano, y que puede importar un verdadero insulto...

El señor Edwards Matte.- Supongo que su Señoría no hará al señor Vasconcelos la ofensa de suponerle groserías en la expresión de sus ideas... El ha sido el Ministro de Instrucción de ese país en el período más interesante de su evolución ideológica.

TEXTO DEL DOCUMENTO.

La carta de Vasconcelos es la siguiente:

CHICAGO, mayo 24.- Señor Oscar Cosco Montaldo.- Montevideo.
- Mi querido amigo: Su carta me ha renovado muchos asuntos. Le escribo a la carrera porque estoy acosado de trabajo. Siento no haberlo visto en París, pues era una ocasión quizás única. Me preocupa lo que me dice respecto de Rusia. Yo me he vuelto -se lo confieso- muy hostil a aquel régimen de cosas.

El visión sombría de la Rusia debe estar influida -le reconozco- por lo que he visto y veo en México, y es, sin duda, injusto juzgar lo de Rusia por lo de México.

En Rusia, según tengo entendido, hay por lo menos, honestidad personal en los que mandan, en los que gobiernan, aunque en realidad no se respeta mucho la vida humana. En México, en cambio, el cinismo no reconoce límites. Los latifundios están en poder de Obregón y de Calles, de los hijos y de los amigos y amigas de Calles, y todo el dinero de la nación empobrecida está en manos de los "radicales" de que hablaba, que el pueblo encucubró creyendo en sus promesas de reparto social, etc.

Calles es el lacayo, el verdugo contratado, que no tiene en su vida una sola página noble. Pero el amo, el hombre fuerte que está detrás y que ahora vuelve, es Obregón... Obregón es inteligente, simpático, arrojado, todo un caudillo a lo Rosas, ese tipo de antes de Sarriente. Como ve usted, por el camino de una pretendida revolución social, México vuelve al caudillismo militar que la Argentina sacudió hace ya 50 años. La manera como se asesina en México, bajo el pretexto de reprimir la rebelión católica, es bochornosa para la Humanidad. Calles pasará a la historia como el autor de hechos como el que brevemente paso a relatarle: un pobre diablo, líder agrarista, que riñó con el grupo oficial, se lanzó a la revuelta; le siguieron unos peones y fué derrotado por las fuerzas del gobierno; como de costumbre, lo fusilaron y lo abandonaron en el mismo lugar de la ejecución, dándole por muerto; pero sucede que el hombre, lleno de heridas, no había muerto; se arrastra entonces como puede hasta llegar al poblado, y se le lleva a un hospital del pueblo. Pero Calles lo sabe, manda inmediatamente órdenes y, de acuerdo con ellas, la escolta saca al hombre del hospital, levantándolo de la cama, y, en la plaza del pueblo, a la vista de una población envilecida por el terror, lo fusilan nuevamente.

El hombre aquel no representaba ninguna fuerza política; era simplemente un descontento, quizás un bien intencionado. Y bien; este caso no se mantuvo secreto, todo lo contrario; los diarios de México lo publicaron con lujo de detalles y fotografías. Puede usted consultar los diarios de febrero o marzo de este año.

Nada tiene de particular el caso en la carrera de Calles; - por eso lo eligió Obregón como a buen gendarme, que le cuidara el puesto.

Ahora bien; los escrupulosos radicales de casi todo el mundo -y le cito el caso de los de "El Sol" de Madrid- conocen estos hechos y, sin embargo, le dedican a Calles ediciones especiales, naturalmente que bien pagadas. El pretexto que se invoca es que esas medi

das de terror son necesarias para salvar la revolución, aunque lo cierto sea, como ya le he dicho, que la tal revolución está representada -por lo menos hoy- por la nueva casta latifundista al servicio de Obregón.

Ahora bien: todo esto sería imposible sin el auxilio yanqui. Desde 1924, los norteamericanos están suministrando a Obregón armas y municiones para aplastar a los rebeldes. Para congraciarse con la opinión norteamericana, Calles inició la persecución de los católicos, a la vez que ponía la instrucción pública de México en manos de su yerno Moisés Sáenz, educado por los protestantes norteamericanos, y hasta, en una época, obispo protestante, y que abandonó el Obispado para entrar al servicio del gobierno revolucionario hace algunos años, en realidad por instrucciones de la plana mayor protegitante, que pretende adelantar la conquista pacífica yanqui por medio de cambio de religión en México. Y en seguida llega Mr. Morrow, que luego trae a Lindbergh, apenas Calles y Obregón acababan de asesinar a todo el estado mayor de los antirreeleccionistas, opuestos a la candidatura de este último. Los candidatos de los antirreeleccionistas, Serrano y Gómez, eran militares del mismo grupo de Obregón y Calles; tres meses antes de ser fusilados, ocupaban altos puestos en el gobierno, despilfarraban dinero en el juego, junto con aquéllos, liquidando en muchos casos las pérdidas la Tesorería de la nación. Pues bien: apenas los dos compadres Serrano y Gómez se deciden, más por ambición que por otra cosa, a aceptar sus candidaturas, y observando Obregón que el pueblo, en su desesperación, se disponía a seguir aun cuando fuera a un Serrano o a un Gómez, les inventa una sublevación y los asesinan. Con Serrano fué aprehendido todo su estado mayor de civiles: abogados, médicos, intelectuales, de veintitantos años en su mayoría culpables de haber pronunciado discursos contra Obregón, y a todos los mataron a tiros o a golpes. Los diarios publicaron las fotografías de los cadáveres mutilados, deshechos, no importándoles el descrédito de semejantes hechos con tal de aterrorizar. Después -como le decía- llega Morrow con Lindbergh detrás, celebran grandes festejos y poco después Calles, con un cinismo sólo suyo, manda decir a la Cámara que retira la ley del petróleo enviada por él meses antes y destinada -por lo menos, tal cosa se esperaba- a defender la riqueza mexicana de la avaricia yanqui.

Parece, sin embargo, que, en realidad, Morrow está jugando con ellos, pues si bien es cierto que les obtiene algunas ventajas, en cambio, no les da el dinero que ellos pensaron obtener en préstamo: sólo les ha permitido pasar algunos aeroplanos de guerra, que Calles utiliza para destruir poblados donde suelen alojarse partidas rebeldes.

La danza continúa porque hay muchos rebeldes; porque México no se resigna a soportar la tiranía de Obregón. Pero el gobierno de Calles y, con él, el coro de los "radicales" de todo el mundo, dicen: son católicos, católicos fanáticos. Los que más me repugnan son los periódicos de América, que no se han atrevido a pronunciar una sola palabra condenatoria contra Calles. Lamento, asimismo, que algunos grupos intelectuales como el de la revista "Nuestros" de Buenos Aires, no se hayan manifestado al respecto, aun cuando, en este caso, no se me oculta que deben estar influidos por la palabra de Ingegnros, que en la última página de su vida cometió la ligereza de elogiar a Calles, a pesar de haber permanecido en México tan sólo una semana.

Yo no tengo ningún motivo de odio contra esa gente. Si yo fuera de madera "radical", es decir, transaccionista, estaría con ellos en este momento, ocupando un Ministerio y con latifundio, predi

cando la revolución. Hasta hoy, ellos no se han atrevido ni siquiera a contestar mis ataques. Se valen a veces -como usted mismo lo ha visto- para atacarme, de pobres jóvenes refugiados de Venezuela o de Perú, que llegan a México fatigados de la lucha contra las vergonzosas tiranías de sus patrias, para entregarse a Calles por un sueldito. Los que publican la hoja a que usted se refiere en su carta, y que desconsideradamente me atacan, están a sueldo de Calles; algunos de ellos fueron empleados por mí, en la época en que yo podía ayudar a los refugiados, pero cuando les presté ayuda, lo hice en el entendido de que peleaban por la libertad y que, por lo mismo, pelearían hasta contra mí mismo, en el caso de que yo me hiciera tirano.

Me dice usted que se me acusa de elogiar al general Moncada, de Nicaragua. Le responde que no lo conoce siquiera, y que no he escrito una sola línea en su favor. A quien he elogiado calurosamente es al patriota Sandino, cuyo nombre ellos explotan. Es cierto, en cambio, que he hecho causa común con Aróvalo Cedeno en la denuncia que éste hizo de la tiranía de Calles, al salir de México; pero debe comprender usted que no era otra la actitud que correspondía, desde que Cedeno salía a protestar contra un crimen de tal manera cometido. A Cedeno lo conozco a distancia. Está pobre y derrotado a pesar de que dos veces ha estado a punto de conservar los cimientos de esa otra vergonzosa tiranía que es Venezuela.

Pero no quiero contarle más de la dolorosa situación de mi país. Todo este preámbulo es para explicarle en qué se fundó mi horror hacia los "radicales". Yo no soy ni he sido un teórico de las revoluciones. Yo las he peleado, no sólo con la pluma, sino en el campo y en el campo. Diego Rivera, que hoy defiende a Calles, y del que usted dice tener buena opinión a raíz de haberlo conocido en Rusia, se pasó años al servicio de la dictadura porfiriana, pensionado por ella, mientras nosotros pasábamos peligros, hambres y destierros, para derrocar aquella tiranía. Cuando yo lo llamé de Europa, a la hora del triunfo, llegó queriendo hacer cubismo parisiense. Entonces le puse delante al indio. Le hice ver las posibilidades del arte mexicano revolucionario y autóctono, y fué así como en los cuatro años de mi ministerio hice todas sus mejores decoraciones. Pero como era amigo mío, sabía que lo iban a perseguir cuando yo denuncié a Calles como asesino, entonces declaró que yo era reaccionario, y hasta accedió a complacer a Calles, poniéndome a mí en caricatura en los patios del edificio que yo construí. En los circulillos "radicales" de los "líderes" del gobierno de México, Rivera es un jefe, a causa, sin duda, de estas deslealtades porque, según tengo entendido, los "radicales" abominan de las virtudes que se llaman caballerosidad y lealtad.

Y yo les pregunto a los hombres de la generación que usted representa: ¿no van a ser más exigentes que todo esto? ¿Van ustedes a aceptar como un ideal estas pirámides de fusilados de tiranías? ¿En nombre de qué? ¿En nombre de la Humanidad, acaso? ¿Por qué no se crea la América española su propio credo? ¿por qué no dan ustedes un puntapié a toda esta época, miserable y sombría?

Dice usted muy bien que las condiciones de América son distintas de las de Rusia. Es el nuestro un Continente que necesita hombres de gran capacidad. Lo que se necesita es organizar el espíritu colonizador; el "pioneering"; hacer de la América Latina otros Estados Unidos, y emprender luego las grandes reformas, porque éstas nunca vienen de los países en desastre. Los cambios del mundo, la revolución social se va a operar en Inglaterra, en los Estados Unidos, aunque no sea más que porque si la iniciáramos en nuestra América la

11

tina, los ejércitos del imperialismo yanqui hallarían empleo lucrativo dirigiéndose a saquearla para apoderarse de nuestras tierras. Periódicamente, regularmente, el imperialismo yanqui nos está arrancando nuevos territorios, y todavía andamos soñando con reformar al mundo cuando no podemos defender nuestra propia herencia. Además, no harán nada en América los bolcheviques de salón. Y por experiencia le digo que nunca he visto hombres más ambiciosos de dinero que los "radicales", ni más listos para hacerse ricos en tanto se espera la hora del reparto. Son revolucionarios de zarzuela, pero de ellos precisamente se valen los listos, los trogloditas como Obregón.

La última hazaña de Obregón -y estoy seguro que nadie se atreverá a desmentir las afirmaciones que le hago en esta carta- es haber aprovechado la organización de un Banco de Crédito Agrícola, para campesinos, mantenido con el dinero de las contribuciones, para hacerse ceder, en la primera operación, un préstamo de tres millones de pesos para el fomento de sus negocios agrícolas, sin garantía alguna.

En fin, no sé qué decirle de América. Nuestra esperanza sería que llegara a formarse un núcleo de población civilizada desde el Plata hasta Rio de Janeiro, unos cien millones de hombres, por ejemplo, con fuerte industria y maquinaria potente; y sin las estúpidas rivalidades argentino-brasileñas. Podría ser ese núcleo la base de un verdadero oleaje étnico que llegara hasta el Norte para salvarnos. De otra manera, los yanquis, no sólo tragarán a nosotros los mexicanos, sino que se los llevarán también a ustedes, como muy bien lo predijo Ingegnieros. Nosotros quisiéramos una juventud idealista y práctica, es preciso que sea de verdad idealista. El que comienza haciendo transacciones con el ideal, no hará sino obra turbia y deleznable en el orden social.

Tengo que terminar, pues ya esta carta se va haciendo muy extensa. Quedo ahora a la espera de su libro o su respuesta. Reciba, entretanto, un fuerte apretón de manos de su affmo. amigo.- JOSE VAS CONCELLOS.

12

CARTA HISTORICA DE VASCONCELOS. (Fué publicada recientemente en Chile.) Correspondencia Especial para LA OPINION.....

Santiago de Chile, julio 30.- "Boletín Oficial," órgano-periodístico de los poderes de este país, publica hoy una interesante carta del licenciado José Vasconcelos, ex-Secretario de Educación Pública de México, en la que el famoso pensador mexicano expresa claramente su sentir respecto a la situación política de México, hasta antes de la muerte del general Obregón. La dicha carta tiene un gran valor histórico, y es por ello que resulta interesante darla a conocer.

La publicación de ese documento fué objeto de un largo debate en la Cámara de Diputados de Chile. Poco después de que la representación Nacional sostuvo una interesante discusión sobre los asuntos mexicanos a propósito del mensaje de condolencia que debía enviarse al general Calles por la muerte de Obregón, los diputados continuaron, en sus sesiones siguientes, tratando los asuntos de México, porque los consideraron, y los siguen considerando, "como un ejemplo para el resto de los países hispanoamericanos."

EL FINAL DE DEBATE

Antes de insertar la carta de Vasconcelos resulta interesante dar a conocer la parte final del debate en que fué acordada su publicación (24 de julio), Hala aquí, según lo publicado por el "Diario de Sesiones" del Parlamento:

El señor Edwards Matte.- Tengo el ejemplar del diario en que aparece esta carta, el que entregaré a la Redacción de Sesiones para que publique íntegra en el "Boletín" y en esta forma no fatigaré a la Cámara con su lectura. Y, además, con esto persigo, - lo digo claramente, - otro propósito...

No desearía que alrededor de esta explicación, de esto que yo llamo divulgación, se produjeran incidentes ásperos, que hicieran perder en serenidad, cuando lo que yo deseo es que tengamos un alto espíritu para juzgar cosas que tanto nos interesan, como es la situación política porque atraviesa un pueblo que tanto queremos.

El señor Lois.- Rogaría a Su Señoría que nos asegurara la autenticidad de la carta, porque indudablemente si se va a insertar en nuestro "Boletín", debe ser un documento verídico...

El señor Edwards Matte.- Del modo más absoluto, honorable Diputado, y le ofrezco a Su Señoría no sólo esta carta, sino que, si quiere, le puedo traer veinte más del mismo tenor.

El señor Quevedo.- Una breve observación quiero hacer no más, señor Presidente.

Reconozco que Vasconcelos es un hombre intelectual; pero desearía que Su Señoría leyera esta carta antes de pronunciarnos sobre si se deja constancia de ella en el "Boletín". Porque podría ocurrir esto; puede haber mucha pasión de parte del señor Vasconcelos para calificar la actitud del Gobierno mexicano, y que puede importar un verdadero insulto...

El señor Edwards Matte.- Supongo que su Señoría no hará al señor Vasconcelos la ofensa de suponerle groserías en la expresión de sus ideas... El ha sido el Ministro de Instrucción de ese país en el período más interesante de su evolución ideológica.

TEXTO DEL DOCUMENTO.

La carta de Vasconcelos es la siguiente:

CHICAGO, mayo 24.- Señor Oscar Cosco Montaldo.- Montevideo.
- Mi querido amigo: Su carta me ha removido muchos asuntos. Le escribo a la carrera porque estoy acosado de trabajo. Siento no haberlo visto en París, pues era una ocasión quizás única. Me preocupa lo que me dice respecto de Rusia. Yo me he vuelto -se lo confieso- muy hostil a aquel régimen de cosas.

MI visión sombría de la Rusia debe estar influida -lo reconozco- por lo que he visto y veo en México, y es, sin duda, injusto juzgar lo de Rusia por lo de México.

En Rusia, según tengo entendido, hay por lo menos, honestidad personal en los que mandan, en los que gobiernan, aunque en realidad no se respeta mucho la vida humana. En México, en cambio, el cinismo no reconoce límites. Los latifundios están en poder de Obregón y de Calles, de los hijos y de los amigos y amigas de Calles, y todo el dinero de la nación empobrecida está en manos de los "radicales" -de que hablaba, que el pueblo encumbra creyendo en sus promesas de reparto social, etc.

Calles es el lacayo, el verdugo contratado, que no tiene en su vida una sola página noble. Pero el amo, el hombre fuerte que está detrás y que ahora vuelve, es Obregón... Obregón es inteligente, simpático, arrojado, todo un caudillo a lo Rosas, ese tipo de antes de Sarmiento. Como ve usted, por el camino de una pretendida revolución social, México vuelve al caudillismo militar que la Argentina sacudió hace ya 50 años. La manera como se asesina en México, bajo el pretexto de reprimir la rebelión católica, es bochornosa para la Humanidad. Calles pasará a la historia como el autor de hechos como el que brevemente paso a relatarle: un pobre diablo, líder agrarista, que riñó con el grupo oficial, se lanzó a la revuelta; lo siguieron unos pocos y fué derrotado por las fuerzas del gobierno; como de costumbre, lo fusilaron y lo abandonaron en el mismo lugar de la ejecución, dándolo por muerto; pero sucede que el hombre, lleno de heridas, no había muerto; se arrastra entonces como puede hasta llegar al poblado, y se le lleva a un hospital del pueblo. Pero Calles lo sabe, manda inmediatamente órdenes y, de acuerdo con ellas, la escolta saca al hombre del hospital, levantándolo de la cama, y, en la plaza del pueblo, a la vista de una población envilecida por el terror, lo fusilan nuevamente.

El hombre aquel no representaba ninguna fuerza política; era simplemente un descontento, quizás un bien intencionado. Y bien: este caso no se mantuvo secreto, todo lo contrario; los diarios de México lo publicaron con lujo de detalles y fotografías. Puede usted consultar los diarios de febrero o marzo de este año.

Nada tiene de particular el caso en la carrera de Calles: -por eso lo eligió Obregón como a buen gendarme, que le cuidara el puesto.

Ahora bien: los escrupulosos radicales de casi todo el mundo -y le cito el caso de los de "El Sol" de Madrid- conocen estos hechos y, sin embargo, le dedican a Calles ediciones especiales, naturalmente que bien pagadas. El pretexto que se invoca es que estas medi

das de terror son necesarias para salvar la revolución, aunque lo -- cierto sea, como ya le he dicho, que la tal revolución está represen- tada -por lo menos hoy- por la nueva casta latifundista al servicio de Obregón.

Ahora bien: todo esto sería imposible sin el auxilio yanqui. Desde 1924, los norteamericanos están suministrando a Obregón - armas y municiones para aplastar a los rebeldes. Para congraciarse - con la opinión norteamericana, Calles inició la persecución de los - católicos, a la vez que ponía la instrucción pública de México en manos de su yerno Moisés Sáenz, educado por los protestantes norteamericanos, y hasta, en una época, obispo protestante, y que abandonó - el Obispado para entrar al servicio del gobierno revolucionario hace algunos años, en realidad por instrucciones de la plana mayor protestante, que pretende adelantar la conquista pacífica yanqui por medio de cambio de religión en México. Y en seguida llega Mr. Morrow, que luego trae a Lindbergh, apenas Calles y Obregón acababan de asesinar a todo el estado mayor de los antirreeleccionistas, opuestos a la -- candidatura de este último. Los candidatos de los antirreeleccionistas, Serrano y Gómez, eran militares del mismo grupo de Obregón y Calles; tres meses antes de ser fusilados, ocupaban altos puestos en - el gobierno, despilarraban dinero en el juego, junto con aquéllos, liquidando en muchos casos las pérdidas la Tesorería de la nación. - Pues bien: apenas los dos compadres Serrano y Gómez se deciden, más por ambición que por otra cosa, a aceptar sus candidaturas, y observando Obregón que el pueblo, en su desesperación, se disponía a seguir aun cuando fuera a un Serrano o a un Gómez, les inventa una --- sublevación y los asesinan. Con Serrano fué aprehendido todo su estado mayor de civiles: abogados, médicos, intelectuales, de veintitantos años en su mayoría culpables de haber pronunciado discursos contra Obregón, y a todos los mataron a tiros o a golpes. Los diarios publicaron las fotografías de los cadáveres mutilados, deshechos, no importándoles el descrédito de semejantes hechos con tal de aterrorizar. Después -como le decía- llega Morrow con Lindbergh detrás, celebran grandes festejos y poco después Calles, con un cinismo sólo suyo, manda decir a la Cámara que retira la ley del petróleo enviada - por él meses antes y destinada -por lo menos, tal cosa se esperaba-- a defender la riqueza mexicana de la avaricia yanqui.

Parece, sin embargo, que, en realidad, Morrow está jugando con ellos, pues si bien es cierto que les obtiene algunas ventajas, - en cambio, no les da el dinero que ellos pensaron obtener en préstamo: sólo les ha permitido pasar algunos aeroplanos de guerra, que Calles utiliza para destruir poblados donde suelen alojarse partidas rebeldes.

La tanza continúa porque hay muchos rebeldes; porque México no se resigna a soportar la tiranía de Obregón. Pero el gobierno de Calles y, con él, el coro de los "radicales" de todo el mundo, dicen: son católicos, católicos fanáticos. Los que más me repugnan son los periódicos de América, que no se han atrevido a pronunciar una sola palabra condenatoria contra Calles. Lamento, asimismo, que algunos grupos intelectuales como el de la revista "Nosotros" de Buenos Aires, no se hayan manifestado al respecto, aun cuando, en este caso, no se me oculta que deben estar influidos por la palabra de Ingenieros, que en la última página de su vida cometió la ligereza de elogiar a Calles, a pesar de haber permanecido en México tan sólo una semana.

Yo no tengo ningún motivo de odio contra esa gente. Si yo fuera de madera "radical", es decir, transaccionista, estaría con ellos en este momento, ocupando un Ministerio y con latifundio, predi

cando la revolución. Hasta hoy, ellos no se han atrevido ni siquiera a contestar mis ataques. Se valen a veces -como usted mismo lo ha visto- para atacarme, de pobres jóvenes refugiados de Venezuela o de Perú, que llegan a México fatigados de la lucha contra las vergonzosas tiranías de sus patrias, para entregarse a Calles por un sueldito. Los que publican la hoja a que usted se refiere en su carta, y que desconsideradamente me atacan, están a sueldo de Calles; algunos de ellos fueron empleados por mí, en la época en que yo podía ayudar a los refugiados, pero cuando les presté ayuda, lo hice en el entendido de que peleaban por la libertad y que, por lo mismo, pelearían hasta contra mí mismo, en el caso de que yo me hiciera tirano.

Me dice usted que se me acusa de elogiar al general Moncada, de Nicaragua. Le respondo que no lo conozco siquiera, y que no he escrito una sola línea en su favor. A quien he elogiado calurosamente es al patriota Sandino, cuyo nombre ellos explotan. Es cierto, en cambio, que he hecho causa común con Arévalo Cedeño en la denuncia que éste hizo de la tiranía de Calles, al salir de México; pero debe comprender usted que no era otra la actitud que correspondía, desde que Cedeño salía a protestar contra un crimen de tal manera violado. A Cedeño lo conozco a distancia. Está pobre y derrotado a pesar de que dos veces ha estado a punto de conocer los cimientos de esa otra vergonzosa tiranía que es Venezuela.

Pero no quiero contarle más de la dolorosa situación de mi país. Todo este preámbulo es para explicarle en qué se fundó mi horror hacia los "radicales". Yo no soy ni he sido un teórico de las revoluciones. Yo las he peleado, no sólo con la pluma, sino en el complet y en el campo. Diego Rivera, que hoy defiende a Calles, y del que usted dice tener buena opinión a raíz de haberlo conocido en Rusia, se pasó años al servicio de la dictadura porfiriana, pensionado por ella, mientras nosotros pasábamos peligros, hambres y destierros, para derrocar aquella tiranía. Cuando yo lo llamé de Europa, a la hora del triunfo, llegó queriendo hacer cubiemo parisiense. Entonces le puse delante al indio. Le hice ver las posibilidades del arte mexicano revolucionario y autóctono, y fué así como en los cuatro años de mi ministerio hizo todas sus mejores decoraciones. Pero como era amigo mío, sabía que lo iban a perseguir cuando yo denuncié a Calles como asesino, entonces declaró que yo era reaccionario, y hasta accedió a complacer a Calles, poniéndome a mí en caricatura en los patios del edificio que yo construí. En los circulillos "radicales" de los "líderes" del gobierno de México, Rivera es un jefe, causa sin duda, de estas deslealtades porque, según tengo entendido, los "radicales" abominan de las virtudes que se llaman caballerosidad y lealtad.

Y yo le pregunto a los hombres de la generación que usted representa: ¿no van a ser más exigentes que todo esto? ¿Van ustedes a aceptar como un ideal estas pirámides de fusilados de tiranías? -- ¿En nombre de qué? ¿En nombre de la Humanidad, acaso? ¿Por qué no se crea la América española su propio credo? ¿por qué no dan ustedes un puntapié a toda esta época, miserable y sombría?

Dice usted muy bien que las condiciones de América son distintas de las de Rusia. Es el nuestro un Continente que necesita hombres de gran capacidad. Lo que se necesita es organizar el espíritu colonizador: el "pioneering"; hacer de la América Latina otros Estados Unidos, y emprender luego las grandes reformas, porque éstas nunca vienen de los países en desastre. Los cambios del mundo, la revolución social se va a operar en Inglaterra, en los Estados Unidos, aunque no sea más que porque si la iniciáramos en nuestra América La

tina, los ejércitos del imperialismo yanqui hallarían empleo lucrativo dirigiéndose a sofocarla para apoderarse de nuestras tierras. Periódicamente, regularmente, el imperialismo yanqui nos está arrancando nuevos territorios, y todavía andamos soñando con reformar al mundo cuando no podemos defender nuestra propia herencia. Además, no harán nada en América los bolcheviques de salón. Y por experiencia le digo que nunca he visto hombres más ambiciosos de dinero que los "radicales", ni más listos para hacerse ricos en tanto se espera la hora del reparto. Son revolucionarios de zarzuela, pero de ellos precisamente se valen los listos, los trogloditas como Obregón.

La última hazaña de Obregón -y estoy seguro que nadie se atreverá a desmentir las afirmaciones que le hago en esta carta- es haber aprovechado la organización de un Banco de Crédito Agrícola, para campesinos, mantenido con el dinero de las contribuciones, para hacerse ceder, en la primera operación, un préstamo de tres millones de pesos para el fomento de sus negocios agrícolas, sin garantía alguna.

En fin, no sé qué decirle de América. Nuestra esperanza sería que llegara a formarse un núcleo de población civilizada desde el Plata hasta Río de Janeiro, unos cien millones de hombres, por ejemplo, con fuerte industria y maquinaria potente; y sin las estúpidas rivalidades argentino-brasileñas. Podría ser ese núcleo la base de un verdadero oleaje étnico que llegara hasta el Norte para salvarnos. De otra manera, los yanquis, no sólo tragarán a nosotros los mexicanos, sino que se los llevarán también a ustedes, como muy bien lo predijo Ingenueros. Nosotros quisiéramos una juventud idealista y práctica, es preciso que sea de verdad idealista. El que comienza haciendo transacciones con el ideal, no hará sino obra turbia y desleñable en el orden social.

Tengo que terminar, pues ya esta carta se va haciendo muy extensa. Quede ahora a la espera de su libro o su respuesta. Reciba, entretanto, un fuerte apretón de manos de su amigo.- JOHN VAN CONCILOS.

CARTA HISTORICA DE VASCONCELOS. (Fué publicada recientemente en Chile.) Correspondencia Especial para LA OPINION.....

Santiago de Chile, julio 30.- "Boletín Oficial," órgano-periodístico de los poderes de este país, publica hoy una interesante carta del licenciado José Vasconcelos, ex-Secretario de Educación Pública de México, en la que el famoso pensador mexicano expresa claramente su sentir respecto a la situación política de México, hasta antes de la muerte del general Obregón. La dicha carta tiene un gran valor histórico, y es por ello que resulta interesante darla a conocer.

La publicación de ese documento fué objeto de un largo debate en la Cámara de Diputados de Chile. Poco después de que la representación Nacional sostuvo una interesante discusión sobre los asuntos mexicanos a propósito del mensaje de condolencia que debía enviarse al general Calles por la muerte de Obregón, los diputados continuaron, en sus sesiones siguientes, tratando los asuntos de México, porque los consideraron, y los siguen considerando, "como un ejemplo para el resto de los países hispanoamericanos."

EL FINAL DE DEBATE

Antes de insertar la carta de Vasconcelos resulta interesante dar a conocer la parte final del debate en que fué acordada su publicación (24 de julio). Héla aquí, según lo publicado por el "Diario de Sesiones" del Parlamento:

El señor Edwards Matte.- Tengo el ejemplar del diario en que aparece esta carta, el que entregaré a la Redacción de Sesiones para que publique íntegra en el "Boletín" y en esta forma no fatigaré a la Cámara con su lectura. Y, además, con esto persigo, - lo digo claramente, - otro propósito...

No desearía que alrededor de esta explicación, de esto que yo llamo divulgación, se produjeran incidentes ásperos, que hicieran perder en serenidad, cuando lo que yo deseo es que tengamos un alto espíritu para juzgar cosas que tanto nos interesan, como es la situación política porque atraviesa un pueblo que tanto queremos.

El señor Lois.- Rogaría a Su señoría que nos asegurara la autenticidad de la carta, porque indudablemente si se va a insertar en nuestro "Boletín", debe ser un documento verídico...

El señor Edwards Matte.- Del modo más absoluto, honorable Diputado, y le ofrezco a Su Señoría no sólo esta carta, sino que, si quiere, le puedo traer veinte más del mismo tenor.

El señor Quevedo.- Una breve observación quiero hacer no más, señor Presidente.

Reconozco que Vasconcelos es un hombre intelectual; pero desearía que Su Señoría leyera esta carta antes de pronunciarnos sobre si se deja constancia de ella en el "Boletín". Porque podría ocurrir esto; puede haber mucha pasión de parte del señor Vasconcelos para calificar la actitud del Gobierno mexicano, y que puede importarle un verdadero insulto...

El señor Edwards Matte.- Supongo que su Señoría no hará al señor Vasconcelos la ofensa de suponerle groserías en la expresión de sus ideas... El ha sido el Ministro de Instrucción de ese país en el período más interesante de su evolución ideológica.

TEXTO DEL DOCUMENTO.

La carta de Vasconcelos es la siguiente:

CHICAGO, mayo 24.- Señor Oscar Cosso Montaldo.- Montevideo.
- Mi querido amigo: Su carta me ha removido muchos asuntos. Le escribo a la carrera porque estoy acosado de trabajo. Siento no haberlo visto en París, pues era una ocasión quizás única. Me preocupa lo que me dice respecto de Rusia. Yo me he vuelto -es lo confieso- muy hostil a aquel régimen de cosas.

Mi visión sombría de la Rusia debe estar influida -lo reconozco- por lo que he visto y veo en México, y es, sin duda, injusto juzgar lo de Rusia por lo de México.

En Rusia, según tengo entendido, hay por lo menos, honestidad personal en los que mandan, en los que gobiernan, aunque en realidad no se respeta mucho la vida humana. En México, en cambio, el cinismo no reconoce límites. Los latifundios están en poder de Obregón y de Calles, de los hijos y de los amigos y amigas de Calles, y todo el dinero de la nación empobrecida está en manos de los "radicales" de que hablaba, que el pueblo encontró creyendo en sus promesas de reparto social, etc.

Calles es el lacayo, el verdugo contratado, que no tiene en su vida una sola página noble. Pero el amo, el hombre fuerte que está detrás y que ahora vuelve, es Obregón... Obregón es inteligente, simpático, arrojado, todo un caudillo a lo Rosas, ese tipo de antes de Barriente. Como ve usted, por el camino de una pretendida revolución social, México vuelve al caudillismo militar que la Argentina sacudió hace ya 50 años. La manera como se asesina en México, bajo el pretexto de reprimir la rebelión católica, es bochornosa para la Humanidad. Calles pasará a la historia como el autor de hechos como el que brevemente paso a relatarle: un pobre diablo, líder agrarista, que riñó con el grupo oficial, se lanzó a la revuelta; lo siguieron unos pocos y fué derrotado por las fuerzas del gobierno; como de costumbre, lo fusilaron y lo abandonaron en el mismo lugar de la ejecución, dándolo por muerto; pero sucede que el hombre, lleno de heridas, no había muerto; se arrastra entonces como puede hasta llegar al poblado, y se le lleva a un hospital del pueblo. Pero Calles lo sabe, manda inmediatamente órdenes y, de acuerdo con ellas, la escolta saca al hombre del hospital, levantándolo de la cama, y, en la plaza del pueblo, a la vista de una población envilecida por el terror, lo fusilan nuevamente.

El hombre aquel no representaba ninguna fuerza política; era simplemente un descontento, quizás un bien intencionado. Y bien; este caso no se mantuvo secreto, todo lo contrario; los diarios de México lo publicaron con lujo de detalles y fotografías. Puede usted consultar los diarios de febrero o marzo de este año.

Nada tiene de particular el caso en la carrera de Calles: por eso lo eligió Obregón como a buen gendarme, que le cuidara el puesto.

Ahora bien: los escrupulosos radicales de casi todo el mundo -y le cito el caso de los de "El Sol" de Madrid- conocen estos hechos y, sin embargo, le dedican a Calles ediciones especiales, naturalmente que bien pagadas. El pretexto que se invoca es que estas medi

das de terror son necesarias para salvar la revolución, aunque lo --
cierto sea, como ya le he dicho, que la tal revolución está represen-
tada -por lo menos hoy- por la nueva casta latifundista al servicio-
de Obregón.

Ahora bien: todo esto sería imposible sin el auxilio yan--
qui. Desde 1924, los norteamericanos están suministrando a Obregón --
armas y municiones para aplastar a los rebeldes. Para congraciarse --
con la opinión norteamericana, Calles inició la persecución de los --
católicos, a la vez que ponía la instrucción pública de México en ma-
nos de su yerno Moisés Sáenz, educado por los protestantes norteamer-
icanos, y hasta, en una época, obispo protestante, y que abandonó --
el Obispado para entrar al servicio del gobierno revolucionario hace
algunos años, en realidad por instrucciones de la plana mayor protes-
tante, que pretende adelantar la conquista pacífica yanqui por medio
de cambio de religión en México. Y en seguida llega Mr. Morrow, que
luego trae a Lindbergh, apenas Calles y Obregón acababan de asesinar
a todo el estado mayor de los antirreeleccionistas, apuestos a la --
candidatura de este último. Los candidatos de los antirreeleccionis-
tas, Serrano y Gómez, eran militares del mismo grupo de Obregón y Ca-
lles; tres meses antes de ser fusilados, ocupaban altos puestos en --
el gobierno, despilfarraban dinero en el juego, junto con aquéllos, --
liquidando en muchos casos las pérdidas la tesorería de la nación. --
Pues bien: apenas los dos compadres Serrano y Gómez se deciden, más-
por ambición que por otra cosa, a aceptar sus candidaturas, y obser-
vando Obregón que el pueblo, en su desesperación, se disponía a se--
guir aun cuando fuera a un Serrano o a un Gómez, les inventa una ---
sublevación y los asesinan. Con Serrano fué aprehendido todo su esta-
do mayor de civiles: abogados, médicos, intelectuales, de veintitan-
tos años en su mayoría culpables de haber pronunciado discursos con-
tra Obregón, y a todos los mataron a tiros o a golpes. Los diarios --
publicaron las fotografías de los cadáveres mutilados, deshechos, no
importándoles el descrédito de semejantes hechos con tal de aterrori-
zar. Después -como le decía- llega Morrow con Lindbergh detrás, cele-
bran grandes festejos y poco después Calles, con un cinismo sólo su-
yo, manda decir a la Cámara que retira la ley del petróleo enviada --
por él meses antes y destinada -por lo menos, tal cosa se esperaba--
a defender la riqueza mexicana de la avaricia yanqui.

Parece, sin embargo, que, en realidad, Morrow está jugando
con ellos, pues si bien es cierto que les obtiene algunas ventajas, --
en cambio, no les da el dinero que ellos pensaron obtener en préstamo:
sólo les ha permitido pasar algunos aeroplanos de guerra, que Calles
utiliza para destruir poblados donde suelen alojarse partidas rebel-
des.

La tanza continúa porque hay muchos rebeldes; porque Méxi-
co no se resigna a soportar la tiranía de Obregón. Pero el gobierno-
de Calles y, con él, el coro de los "radicales" de todo el mundo, di-
cen: son católicos, católicos fanáticos. Los que más me repugnan son
los periódicos de América, que no se han atrevido a pronunciar una --
sola palabra condenatoria contra Calles. Lamento, asimismo, que algu-
nos grupos intelectuales como el de la revista "Nosotros" de Buenos-
Aires, no se hayan manifestado al respecto, aun cuando, en este caso,
no se me oculta que deben estar influidos por la palabra de Ingegnie-
ros, que en la última página de su vida cometió la ligereza de elo-
giar a Calles, a pesar de haber permanecido en México tan sólo una --
semana.

Yo no tengo ningún motivo de odio contra esa gente. Si yo
fuera de madera "radical", es decir, transaccionista, estaría con e-
llos en este momento, ocupando un Ministerio y con latifundio, predi-
#17

cando la revolución. Hasta hoy, ellos no se han atrevido ni siquiera a contestar mis ataques. Se valen a veces -como usted mismo lo ha visto- para atacarme, de pobres jóvenes refugiados de Venezuela o de Perú, que llegan a México fatigados de la lucha contra las vergonzosas tiranías de sus patrias, para entregarse a Calles por un sueldito. Los que publican la hoja a que usted se refiere en su carta, y que desconsideradamente me atacan, están a sueldo de Calles; algunos de ellos fueron empleados por mí, en la época en que yo podía ayudar a los refugiados, pero cuando les presté ayuda, lo hice en el entendido de que peleaban por la libertad y que, por lo mismo, pelearían hasta contra mí mismo, en el caso de que yo me hiciera tirano.

Me dice usted que se me acusa de elogiar al general Moncada, de Nicaragua. Le responde que no lo conozco siquiera, y que no he escrito una sola línea en su favor. A quien he elogiado calurosamente es al patriota Sandino, cuyo nombre ellos explotan. Es cierto, en cambio, que he hecho causa común con Arévalo Cedeño en la denuncia que éste hizo de la tiranía de Calles, al salir de México; pero debe comprender usted que no era otra la actitud que correspondía, desde que Cedeño salía a protestar contra un crimen de tal manera cometido. A Cedeño lo conozco a distancia. Está pobre y derrotado a pesar de que dos veces ha estado a punto de comover los cimientos de esa otra vergonzosa tiranía que es Venezuela.

Pero no quiere contarle más de la dolorosa situación de mi país. Todo este preámbulo es para explicarle en qué se fundó mi horror hacia los "radicales". Yo no soy ni he sido un teórico de las revoluciones. Yo las he peleado, no sólo con la pluma, sino en el --complot y en el campo. Diego Rivera, que hoy defiende a Calles, y --del que usted dice tener buena opinión a raíz de haberlo conocido en Rusia, se pasó años al servicio de la dictadura porfiriana, pensionado por ella, mientras nosotros pasábamos peligros, hambres y destierros, para derrocar aquella tiranía. Cuando yo lo llamé de Europa, a la hora del triunfo, llegó queriendo hacer cubismo parisiense. Entonces le puse delante al indio. Le hice ver las posibilidades del arte mexicano revolucionario y autóctono, y fué así como en los cuatro --años de mi ministerio hice todas sus mejores decoraciones. Pero como era amigo mío, sabía que lo iban a perseguir cuando yo denuncié a Calles como asesino, entonces declaró que yo era reaccionario, y hasta accedió a complacer a Calles, poniéndome a mí en caricatura en los patios del edificio que yo construí. En los circuilillos "radicales" de los "líderes" del gobierno de México, Rivera es un jefe, a causa, sin duda, de estas deslealtades porque, según tengo entendido, los "radicales" abominan de las virtudes que se llaman caballerosidad y lealtad.

Y yo les pregunto a los hombres de la generación que usted representa: ¿no van a ser más exigentes que todo esto? ¿Van ustedes a aceptar como un ideal estas pirámides de fusilados de tiranías? --¿En nombre de qué? ¿En nombre de la Humanidad, acaso? ¿Por qué no se crea la América española su propio credo? ¿por qué no dan ustedes un puntapié a toda esta época, miserable y sombría?

Dice usted muy bien que las condiciones de América son distintas de las de Rusia. Es el nuestro un Continente que necesita hombres de gran capacidad. Lo que se necesita es organizar el espíritu colonizador: el "pioneering"; hacer de la América Latina otros Estados Unidos, y emprender luego las grandes reformas, porque éstas nunca vienen de los países en desastre. Los cambios del mundo, la revolución social se va a operar en Inglaterra, en los Estados Unidos, --aunque no sea más que porque si la iniciáramos en nuestra América la

tina, los ejércitos del imperialismo yanqui hallarían empleo lucrativo dirigiéndose a sofocarla para apoderarse de nuestras tierras. Periódicamente, regularmente, el imperialismo yanqui nos está arrancando nuevos territorios, y todavía andamos soñando con reformar al mundo cuando no podemos defender nuestra propia herencia. Además, no harán nada en América los bolcheviques de salón. Y por experiencia le digo que nunca he visto hombres más ambiciosos de dinero que los "radicales", ni más listos para hacerse ricos en tanto se espera la hora del reparto. Son revolucionarios de zarzuela, pero de ellos precisamente se valen los listos, los trogloditas como Obregón.

La última hazaña de Obregón -y estoy seguro que nadie se atreverá a desmentir las afirmaciones que le hago en esta carta- es haber aprovechado la organización de un Banco de Crédito Agrícola, para campesinos, mantenido con el dinero de las contribuciones, para hacerse ceder, en la primera operación, un préstamo de tres millones de pesos para el fomento de sus negocios agrícolas, sin garantía alguna.

En fin, no sé qué decirle de América. Nuestra esperanza sería que llegara a formarse un núcleo de población civilizada desde el Plata hasta Río de Janeiro, unos cien millones de hombres, por ejemplo, con fuerte industria y maquinaria potente; y sin las estúpidas rivalidades argentino-brasileñas. Podría ser ese núcleo la base de un verdadero oleaje étnico que llegara hasta el Norte para salvarnos. De otra manera, los yanquis, no sólo tragarán a nosotros los mexicanos, sino que se los llevarán también a ustedes, como muy bien lo predijo Ingegnieros. Nosotros quisiéramos una juventud idealista y práctica, es preciso que sea de verdad idealista. El que comienza haciendo transacciones con el ideal, no hará sino obra turbia y deleznable en el orden social.

Tengo que terminar, pues ya esta carta se va haciendo muy extensa. Quedo ahora a la espera de su libro o su respuesta. Reciba, entretanto, un fuerte apretón de manos de su afmo. amigo.- JOSE VAS CONCELOS.

CARTA HISTORICA DE VASCONCELOS. (Fué publicada recientemente en Chile.) Correspondencia Especial para LA OPINION.

Santiago de Chile, Julio 30.- "Boletín Oficial," órgano-periodístico de los poderes de este país, publica hoy una interesante carta del licenciado José Vasconcelos, ex-Secretario de Educación Pública de México, en la que el famoso pensador mexicano expresa el raramente su sentir respecto a la situación política de México, hasta antes de la muerte del general Obregón. La dicha carta tiene un gran valor histórico, y es por ello que resulta interesante darla a conocer.

La publicación de ese documento fué objeto de un largo debate en la Cámara de Diputados de Chile. Poco después de que la representación Nacional sostuvo una interesante discusión sobre los asuntos mexicanos a propósito del mensaje de condolencia que debía enviarse al general Calles por la muerte de Obregón, los diputados continuaron, en sus sesiones siguientes, tratando los asuntos de México, porque los consideraron, y los siguen considerando, "como un ejemplo para el resto de los países hispanoamericanos."

EL FINAL DE DEBATE

Antes de insertar la carta de Vasconcelos resulta interesante dar a conocer la parte final del debate en que fué acordada su publicación (24 de julio). Héla aquí, según lo publicado por el "Diario de Sesiones" del Parlamento:

El señor Edwards Matte.- Tengo el ejemplar del diario en que aparece esta carta, el que entregaré a la Redacción de Sesiones para que publique íntegra en el "Boletín" y en esta forma no fatigaré a la Cámara con su lectura. Y, además, con esto persigo, lo digo claramente, otro propósito...

No desearía que alrededor de esta explicación, de este que yo llamo divulgación, se produjeran incidentes álgidos, que hicieran perder en serenidad, cuando lo que yo deseo es que tengamos un alto espíritu para juzgar cosas que tanto nos interesan, como es la situación política porque atraviesa un pueblo que tanto queremos.

El señor Lois.- Regaría a Su Señoría que nos asegurara la autenticidad de la carta, porque indudablemente si se va a insertar en nuestro "Boletín", debe ser un documento verídico...

El señor Edwards Matte.- Del modo más absoluto, honorable Diputado, y le ofrezco a Su Señoría no sólo esta carta, sino que, si quiere, le puedo traer veinte más del mismo tenor.

El señor Quevedo.- Una breve observación quiero hacer no más, señor Presidente.

Reconozco que Vasconcelos es un hombre intelectual; pero desearía que Su Señoría leyera esta carta antes de pronunciarnos sobre si se deja constancia de ella en el "Boletín". Porque podría ocurrir esto; puede haber mucha pasión de parte del señor Vasconcelos para calificar la actitud del Gobierno mexicano, y que puede importarle un verdadero insulto...

El señor Edwards Matto.- Supongo que su Señoría no hará al señor Vasconcelos la ofensa de suponerle groserías en la expresión de sus ideas... El ha sido el Ministro de Instrucción de ese país en el período más interesante de su evolución ideológica.

TEXTO DEL DOCUMENTO.

La carta de Vasconcelos es la siguiente:

CHICAGO, mayo 24.- Señor Cesar Cosco Montaldo.- Montevideo. - Mi querido amigo: Su carta me ha removido muchos asuntos. Le escribo a la carrera porque estoy abocado de trabajo. Siento no haberlo visto en París, pues era una ocasión quizás única. Me preocupa lo que me dice respecto de Rusia. Yo me he vuelto -se lo confieso- muy hostil a aquel régimen de cosas.

La visión sombría de la Rusia debe estar influida -lo reconozco- por lo que he visto y veo en México, y es, sin duda, injusto juzgar lo de Rusia por lo de México.

En Rusia, según tengo entendido, hay por lo menos, honestidad personal en los que mandan, en los que gobiernan, aunque en realidad no se respeta mucho la vida humana. En México, en cambio, el cinismo no reconoce límites. Los latifundios están en poder de Obregón y de Calles, de los hijos y de los amigos y amigas de Calles, y todo el dinero de la nación empobrecida está en manos de los "radicales" de que hablaba, que el pueblo escuchó creyendo en sus promesas de reparto social, etc.

Calles es el lacayo, el verdugo contratado, que no tiene en su vida una sola página noble. Pero el amo, el hombre fuerte que está detrás y que ahora vuelve, es Obregón... Obregón es inteligente, simpático, arrojado, todo un caudillo a la Rosas, ese tipo de antes de Sarmiento. Como ve usted, por el camino de una pretendida revolución social, México vuelve al caudillismo militar que la Argentina sacudió hace ya 50 años. La manera como se asesina en México, bajo el pretexto de reprimir la rebelión católica, es bochornosa para la humanidad. Calles pasará a la historia como el autor de hechos como el que brevemente paso a relatarle: un pobre diablo, líder agrarista, que riñó con el grupo oficial, se lanzó a la revuelta; lo siguieron unos pocos y fué derrotado por las fuerzas del gobierno; como de costumbre, le fusilaron y lo abandonaron en el mismo lugar de la ejecución, dándole por muerte; pero sucede que el hombre, lleno de heridas, no había muerto; se arrastra entonces como puede hasta llegar al poblado, y se lo lleva a un hospital del pueblo. Pero Calles lo sabe, manda inmediatamente órdenes y, de acuerdo con ellas, la escolta saca al hombre del hospital, levantándolo de la cama, y, en la plaza del pueblo, a la vista de una población envilecida por el terror, lo fusilan nuevamente.

El hombre aquel no representaba ninguna fuerza política; era simplemente un descontentado, quizás un bien intencionado. Y bien; este caso no se mantuvo secreto, todo lo contrario; los diarios de México lo publicaron con lujo de detalles y fotografías. Puede usted consultar los diarios de febrero o marzo de este año.

Nada tiene de particular el caso en la carrera de Calles: - por eso le eligió Obregón como a buen gendarme, que lo cuidara el pueblo.

Ahora bien; los escrupulosos radicales de casi todo el mundo -y le cito el caso de los de "El Sol" de Madrid- conocen estos hechos y, sin embargo, le dedican a Calles ediciones especiales, naturalmente que bien pagadas. El pretexto que se invoca es que esas medi-

das de terror son necesarias para salvar la revolución, aunque lo cierto sea, como ya le he dicho, que la tal revolución está representada -por lo menos hoy- por la nueva casta latifundista al servicio de Obregón.

Ahora bien: todo esto sería imposible sin el auxilio yanqui. Desde 1924, los norteamericanos están suministrando a Obregón armas y municiones para aplastar a los rebeldes. Para congraciarse con la opinión norteamericana, Calles inició la persecución de los católicos, a la vez que ponía la instrucción pública de México en manos de su yerno Moisés Sáenz, educado por los protestantes norteamericanos, y hasta, en una época, obispo protestante, y que abandonó el Obisepado para entrar al servicio del gobierno revolucionario hace algunos años, en realidad por instrucciones de la plana mayor protestante, que pretende adelantar la conquista pacífica yanqui por medio de cambio de religión en México. Y en seguida llega Mr. Morrow, que luego trae a Lindbergh, apenas Calles y Obregón acababan de asesinar a todo el estado mayor de los antirreeleccionistas, opuestos a la candidatura de este último. Los candidatos de los antirreeleccionistas, Serrano y Gómez, eran militares del mismo grupo de Obregón y Calles; tres meses antes de ser fusilados, ocupaban altos puestos en el gobierno, despilfarraban dinero en el juego, junto con aquéllos, liquidando en muchos casos las pérdidas la Tesorería de la nación. Fue bien: apenas los dos compadres Serrano y Gómez se deciden, más por ambición que por otra cosa, a aceptar sus candidaturas, y observando Obregón que el pueblo, en su desesperación, se disponía a seguir con cuando fuera a un Serrano o a un Gómez, les inventa una sublevación y los asesinan. Con Serrano fue aprehendido todo su estado mayor de civiles: abogados, médicos, intelectuales, de veintitantos años en su mayoría culpables de haber pronunciado discursos contra Obregón, y a todos los mataron a tiros o a golpes. Los diarios publicaron las fotografías de los cadáveres mutilados, deshechos, no importándoles el descrédito de semejantes hechos con tal de aterrorizar. Después -como le decía- llega Morrow con Lindbergh detrás, celebran grandes festejos y poco después Calles, con un cinismo sólo suyo, manda decir a la Cámara que retira la ley del petróleo enviada por él meses antes y destinada -por lo menos, tal cosa se esperaba- a defender la riqueza mexicana de la avaricia yanqui.

Parece, sin embargo, que, en realidad, Morrow está jugando con ellos, pues si bien es cierto que les obtiene algunas ventajas, en cambio, no les da el dinero que ellos pensaron obtener en préstamo: sólo les ha permitido pasar algunos aeroplanos de guerra, que Calles utiliza para destruir poblados donde suelen alojarse partidas rebeldes.

La tanza continúa porque hay muchos rebeldes; porque México no se resigna a soportar la tiranía de Obregón. Pero el gobierno de Calles y, con él, el coro de los "radicales" de todo el mundo, dicen: son católicos, católicos fanáticos. Los que más se repugnan son los periódicos de América, que no se han atrevido a pronunciar una sola palabra condenatoria contra Calles. Lamento, asimismo, que algunos grupos intelectuales como el de la revista "Nosotros" de Buenos Aires, no se hayan manifestado al respecto, aun cuando, en este caso, no se me oculta que deben estar influidos por la palabra de Ingenuos, que en la última página de su vida cometió la ligereza de elogiar a Calles, a pesar de haber permanecido en México tan sólo una semana.

Yo no tengo ningún motivo de odio contra esa gente. Si yo fuera de madera "radical", es decir, transaccionista, estaría con ellos en este momento, ocupando un Ministerio y con latifundio, predi

cando la revolución. Hasta hoy, ellos no se han atrevido ni siquiera a contestar mis ataques. Se valen a veces -como usted mismo lo ha visto- para atacarme, de pobres jóvenes refugiados de Venezuela o de Perú, que llegan a México fatigados de la lucha contra las vergonzosas tiranías de sus patrias, para entregarse a Calles por un sueldito. Los que publican la hoja a que usted se refiere en su carta, y que desconsideradamente me atacan, están a sueldo de Calles; algunos de ellos fueron empleados por mí, en la época en que yo podía ayudar a los refugiados, pero cuando les presté ayuda, lo hice en el entendido de que peleaban por la libertad y que, por lo mismo, pelearían hasta contra mí mismo, en el caso de que yo me hiciera tirano.

Me dice usted que se me acusa de elogiar al general Honorable de Nicaragua. Le respondo que no lo conozco siquiera, y que no he escrito una sola línea en su favor. A quien he elogiado calurosamente es al patriota Sandino, cuyo nombre ellos explotan. Es cierto, en cambio, que he hecho causa común con Arévalo Cedeno en la denuncia que éste hizo de la tiranía de Calles, al salir de México; pero debe comprender usted que no era otra la actitud que correspondía, desde que Cedeno salía a protestar contra un crimen de tal manera cometido. A Cedeno lo conozco a distancia. Está pobre y derrotado a pesar de que dos veces ha estado a punto de conmover los simientes de esa otra vergonzosa tiranía que es Venezuela.

Pero no quiero contarle más de la dolerosa situación de mi país. Todo este prefacio es para explicarle en qué se fundó mi horror hacia los "radicales". Yo no soy ni he sido un teórico de las revoluciones. Yo las he peleado, no sólo con la pluma, sino en el campo y en el campo. Diego Rivera, que hoy defiende a Calles, y del que usted dice tener buena opinión a raíz de haberlo conocido en Rusia, se pasó años al servicio de la dictadura porfiriana, poniéndose por ella, mientras nosotros pasábamos peligros, hambres y dentierres, para derrocar aquella tiranía. Cuando yo lo llamé de Europa, a la hora del triunfo, llegó queriendo hacer cubismo parisienne. Antegos le pase delante al indio. Le hice ver las posibilidades del arte mexicano revolucionario y autóctono, y fué así como en los cuatro años de mi ministerio hizo todas sus mejores decoraciones. Pero como era amigo mío, sabía que lo iban a perseguir cuando yo denuncié a Calles como asesino, entonces declaró que yo era reaccionario, y hasta accedió a complacer a Calles, poniéndome a mí en caricatura en los patios del edificio que yo construí. En los circulillos "radicales" de los "líderes" del gobierno de México, Rivera es un jefe, a causa, sin duda, de estas deslealtades porque, según tengo entendido, los "radicales" abominan de las virtudes que se llaman caballerosidad y lealtad.

Y yo les pregunto a los hombres de la generación que usted representa: ¿no van a ser más exigentes que todo esto? ¿Van ustedes a aceptar como un ideal estas pirámides de fusilados de tiranías? ¿En nombre de qué? ¿En nombre de la Humanidad, acaso? ¿Por qué no se crea la América española su propio credo? ¿por qué no dan ustedes un puntapié a toda esta época, miserable y sombría?

Dice usted muy bien que las condiciones de América son distintas de las de Rusia. Es el nuestro un Continente que necesita hombres de gran capacidad. Lo que se necesita es organizar el espíritu colonizador: el "pioneering"; hacer de la América Latina otros Estados Unidos, y emprender luego las grandes reformas, porque éstas nunca vienen de los países en desastre. Los cambios del mundo, la revolución social se va a operar en Inglaterra, en los Estados Unidos, aunque no sea más que porque si la iniciáramos en nuestra América la

tina, los ejércitos del imperialismo yanqui hallarían empleo lucrativo dirigiéndose a sofocarla para apoderarse de nuestras tierras. Ridículamente, regularmente, el imperialismo yanqui nos está arrancando nuevos territorios, y todavía andamos soñando con reformar al mundo cuando no podemos defender nuestra propia herencia. Además, no harán nada en América los bolcheviques de salón. Y por experiencia le digo que nunca he visto hombres más ambiciosos de dinero que los "radicales", ni más listos para hacerse ricos en tanto se espera la hora del reparto. Son revolucionarios de zarzuela, pero de ellos precisamente se valen los listos, los trogloditas como Obregón.

La última hazaña de Obregón -y estoy seguro que nadie se atreverá a desmentir las afirmaciones que le hago en esta carta- es haber aprovechado la organización de un Banco de Crédito Agrícola, para campesinos, mantenido con el dinero de las contribuciones, para hacerse oeder, en la primera operación, un préstamo de tres millones de pesos para el fomento de sus negocios agrícolas, sin garantía alguna.

En fin, no sé qué decirle de América. Nuestra esperanza sería que llegara a formarse un núcleo de población civilizada desde el Plata hasta Rio de Janeiro, unos cien millones de hombres, por ejemplo, con fuerte industria y maquinaria potente; y sin las estúpidas rivalidades argentino-brasileñas. Podría ser ese núcleo la base de un verdadero oleaje étnico que llegara hasta el Norte para salvarnos. De otra manera, los yanquis, no sólo tragarán a nosotros los mexicanos, sino que se los llevarán también a ustedes, como muy bien lo predijo Ingegneros. Nosotros quisiéramos una juventud idealista y práctica, es preciso que sea de verdad idealista. El que comienza haciendo transacciones con el ideal, no hará sino obra turbia y desleñable en el orden social.

Tengo que terminar, pues ya esta carta se va haciendo muy extensa. Quedo ahora a la espera de su libro o su respuesta. Reciba, entretanto, un fuerte apretón de manos de su affmo. amigo.- JOSÉ VÁS CONCELLOS.